

Revista de cultura de
la arquitectura, la ciudad
y el territorio

Centro de Estudios
de Arquitectura Contemporánea

BLOCK

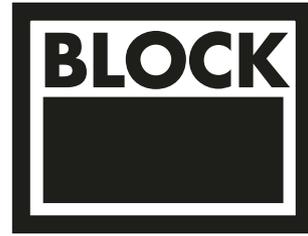
Adrián Gorelik
Silvia Pampinella
Graciela Silvestri
Ana María Rigotti
Luis Müller
Lina Streeuwitz
Jorge Francisco Liernur
Claudia Shmidt
Jorge Tarrago Mingo
Fernando Aliata
Alejandro Crispiani

ARGENTINA 01+

Número 7,
julio de 2006



UNIVERSIDAD TORCUATO DE TELLA



**Revista de cultura de
la arquitectura, la ciudad
y el territorio**

**Centro de Estudios
de Arquitectura Contemporánea**



UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA

Universidad Torcuato Di Tella
Rector: Dr. Juan Pablo Nicolini

Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea
Director: Arq. Jorge Francisco Liernur

Consejo consultivo:*

Arq. Jorge Aslan
Arq. Francisco Bullrich
Arq. Jorge Hampton
Arq. Jorge Morini
Arq. Josefina Santos
Arq. Clorindo Testa

Comité ejecutivo:

Arq. Oscar Fuentes
Arq. Pablo Pschepiurca

Block

Director:

Arq. Jorge Francisco Liernur
Universidad Torcuato Di Tella
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Comité de redacción:

Mg. Noemí Adagio
Universidad Nacional de Rosario

Dr. Fernando Aliata
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Dra. Anahi Ballent
Universidad Nacional de Quilmes
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Arq. Alejandro Crispiani
Pontificia Universidad Católica
de Chile (Santiago)

Arq. Eduardo Gentile
Universidad Nacional de La Plata

Dr. Adrián Gorelik
Universidad Nacional de Quilmes
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Arq. Luis Müller
Universidad Nacional del Litoral

Mg. Silvia Pampinella
Universidad Nacional de Rosario

Dra. Ana María Rigotti
Universidad Nacional de Rosario
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Dra. Claudia Shmidt
Universidad Torcuato Di Tella
Universidad de Buenos Aires

Dra. Graciela Silvestri
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

* Enrique Fazio, Raúl Lier, *in memoriam*

Editoras del número 7:

Ana María Rigotti
Claudia Shmidt

Diseño:

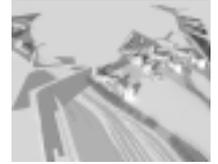
Gustavo Pedroza
Universidad Nacional de Lanús

No está permitida la reproducción
parcial o total del material que
aquí se publica.

Las opiniones contenidas en los
artículos son de exclusiva responsabilidad
de los autores.

ISSN: 0329-6288
Propietario
Universidad Torcuato Di Tella
Miñones 2159/77
C1428ATG Buenos Aires
Argentina
Tel. (54 11) 4784 0080, int. 166,
(54 11) 4783 8654 (CEAC)
E-mail: ceac@utdt.edu

Indice



BLOCK, número 7, julio de 2006

| | | |
|------------------------------------|--|----|
| | Introducción | 4 |
| Ana María Rigotti - Claudia Shmidt | Argentina 01+: ¿qué pasó con la arquitectura? | 6 |
| Adrián Gorelik | El romance del espacio público | 8 |
| Silvia Pampinella | La ciudad cambió la voz | 16 |
| Graciela Silvestri | La lógica de la sensación | 24 |
| Ana María Rigotti | Esas raras arquitecturas nuevas | 32 |
| Luis Müller | Córdoba x 5: indagaciones | 44 |
| Lina Streeruwitz | Proyecto para otra Patagonia | 52 |
| Jorge Francisco Liernur | Equívocos porteños: todos somos afts | 58 |
| Claudia Shmidt | <i>Sweet home Buenos Aires</i> : la oportunidad de la arquitectura | 64 |
| Jorge Tárrago Mingo | Casas-taller anónimas y cartas a Giedion: Wladimiro Acosta | 75 |
| Fernando Aliata | Lógicas proyectuales | 82 |
| Alejandro Crispiani | El objeto madí o la conquista imaginaria de la ciudad | 89 |

En la tapa:
J. Manuce, Sector
Puerto Norte,
Concurso de ideas,
Rosario, 2004.

El romance del espacio público

Adrián Gorelik

*«Para los urbanistas, el redescubrimiento demorado de las virtudes de la ciudad clásica al momento de su imposibilidad definitiva, puede haber sido el punto de no retorno, el momento de su desconexión fatal, el motivo de descalificación. Hoy son especialistas en dolores fantasmales: doctores que discuten las complicaciones médicas de una extremidad amputada.»
Rem Koolhaas*

I

En los años '80, y después de mucho tiempo de ausencia en los vocabularios cultural, sociológico, político o urbano, el espacio público se convirtió en una categoría omniexplicativa y, especialmente, operativa. Es notorio que en esta Buenos Aires que atravesó la crisis de los años 2001 y 2002 y hoy parece asistir a un nuevo *boom*, la categoría de espacio público sigue funcionando, como en los '80 y los '90, tanto para interpretar los fenómenos de la cultura urbana (desde el circuito turístico-tanguero hasta las *Gallery nights*), como para fundamentar las acciones de gobierno sobre la ciudad (como se ve en las más recientes transformaciones céntricas). Incluso podría pensarse que la apelación al espacio público es decisiva en el cambio de representaciones sobre la ciudad, entre los '90 y hoy, cuando la imagen de la «ciudad de los negocios» y los megaemprendimientos rutilantes ya no goza de buena prensa. Si en los '90 Buenos Aires encontró su «postal» en Puerto Madero, hoy deberíamos elegir alguna imagen de Palermo Viejo que aparece representado como el barrio tradicional que se ha recuperado para la intensidad de los usos contemporáneos pero sin perder su encanto bucólico; distrito de la fiesta y el *design*, su extraordinario suceso inmobiliario y comercial parece reconciliar a la ciudad con el espacio público del barrio de clase media que aquellas políticas habían llevado al peligro de la extinción.

El suceso de esta categoría puede notarse en el hecho de que desde los '80 sigue siendo la preferida –no sólo en el mundo cultural y académico, sino también entre los gobiernos municipales y, lo que es más significativo, los grupos empresariales– para pensar la transformación de la ciudad en un sentido progresista.¹ La hipótesis que quiero sostener aquí, en cambio, es que el espacio público urbano se ha convertido en un espacio espectral y la categoría de espacio público, en un fetiche que enmascara esa situación. Se trata de una categoría muy especial, una de esas

escasas «categorías puente» que ponen en un mismo recipiente conceptual dimensiones de la sociedad, la política y la ciudad, conectando esferas fuertemente diferenciadas.² Pero el problema es que, mientras seguimos hablando de espacio público y organizando nuestra agenda urbana en torno a este tema, ya no podemos garantizar que la conexión se produzca. ¿De qué hablamos, entonces, cuando hablamos del espacio público? Veamos dos escenas actuales de Buenos Aires en las que el conflicto de las interpretaciones se hace evidente.

La primera escena es la del santuario de «República de Cromañón», en la calle Bartolomé Mitre, a metros de la Plaza Once. Se trata de una cuadra en pleno distrito comercial y en uno de los nudos más densos de transferencia de transporte, que permanece cerrada al tránsito desde el 30 de diciembre de 2004, cuando ocurrió la tragedia que convirtió a la discoteca en una tumba para 194 personas, la mayoría adolescentes, pero también algunos mayores, niños y hasta bebés. La tragedia se convirtió en un parteaguas en la política de Buenos Aires, y todo lo que ocurrió daría en sí mismo para una exposición acabada sobre los modos de funcionamiento de las relaciones Estado/sociedad. Digamos aquí, simplemente, que se articularon fatalmente una serie de factores muy conocidos: la corrupción estatal y empresarial, la cultura de la trasgresión extendida en toda la sociedad. De todos modos, creo que con la palabra corrupción, de tan habituada que estamos a utilizarla, se termina diciendo muy poco: habría que hablar, quizás, del desinterés y la imposibilidad del Estado por regular y controlar los intereses privados, para proteger a una mayoría de la sociedad que tiene cada vez menos recursos materiales y culturales para hacerlo por sí misma.

Pero el punto que quiero desarrollar tiene que ver con lo que pasó desde entonces: los familiares de las víctimas montaron en esa cuadra una especie de santuario precario y erizado –con restos calcinados de ropa, zapatillas, papeles–, que oficia como *locus* de identidad y centro de reunión para la serie de protestas, como un memorial de la tragedia y de la lucha. Un ejemplo más de esta modalidad extendida a toda la sociedad de un presente en «estado de memoria». Pero en este caso se ha cortado una calle completa, algo que no había ocurrido en anteriores tragedias,

Este artículo es una versión, más centrada en los fenómenos de la Buenos Aires actual, de la ponencia del mismo nombre presentada en el *Laboratorio de cultura urbana: Los conflictos culturales en el futuro de las ciudades*, organizado por el Grupo de estudios de cultura urbana, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 11 al 13 de mayo de 2005.



«Santuario República de Cromañón».
Calle Bartolomé Mitre, a metros de Plaza Once,
Buenos Aires, 2005.

también de enorme impacto emocional y político (desde los campos de concentración de la dictadura hasta la voladura de la AMIA), de modo que la memoria irrumpe de un modo mucho más literal en el transcurrir urbano en una zona neurálgica. La dirigencia política, sabiéndose responsable y consciente de no estar en condiciones de satisfacer la demanda de justicia y, peor aún, de resolver ninguno de los problemas que generó la masacre para que no vuelva a repetirse, carece de toda autoridad para retomar las riendas del conflicto desde una perspectiva racional de los intereses del conjunto de la sociedad. La ilegitimidad les impide distinguir públicamente lo que es legítimo de lo que no lo es en la protesta, y los familiares de las víctimas se convierten en el único actor con autoridad en el conflicto. La calle sigue cerrada no sólo como santuario, lugar de peregrinación y memoria, sino como evidencia del lugar que ocupan los afectados directos ante la ausencia del Estado; es la materialización de ese vacío de representación, la cicatriz urbana de la crisis.

La segunda escena es la del parque Micaela Bastidas en Puerto Madero: un parque nuevo en la zona más nueva de la ciudad. Se lo ha señalado como un verdadero acierto en el diseño de parques y como una reapropiación pública de la zona modélica de los años '90. Frente a la cristalización de la zona como un enclave exclusivo de negocios y turismo de alto *standard*, el barrio más moderno y caro de Buenos Aires, el parque aparece como un equipamiento sofisticado pero orientado a favorecer el tradicional uso popular de la costa ilustrando, en uno de los puntos más críticos de la ciudad, el viejo ideal decimonónico que veía al parque como el espacio público democratizador por excelencia, la «nueva catedral» de la ciudad moderna donde la comunidad se encuentra y reconoce, donde los individuos, iguales por efecto del sol y la naturaleza cultivada, se convierten

en el público crítico de la modernidad. (No es secundario que en el proyecto haya participado uno de los creadores de la operación Puerto Madero, Alfredo Garay, que siempre sostuvo, contra toda evidencia, el carácter popular y progresista del emprendimiento: quizás habría que entenderlo como una especie de revancha del «planeamiento estratégico» contra las voces agoreras).

Los ejemplos son un poco azarosos. Podría haber elegido otras oposiciones, como un corte de calles por una asamblea vecinal de las tantas que funcionaron durante 2002 —cuando se pensó que eran la encarnación de la nueva política e incluso se organizó todo un turismo político para relevar *in situ* el último grito de la temporada de rebelión contra el «Imperio»—, y el actual arreglo de la calle Corrientes, a la que se le están ensanchando las veredas como parte de la serie de arreglos del área céntrica con un discurso oficial que apela, como dijimos, al enaltecimiento del espacio público. La idea no es volver a plantear una tradicional y maniquea oposición entre «la ciudad de la gente» y «la ciudad de la arquitectura». De hecho, el parque Bastidas tiene realmente uso popular, y ni hablar de la calle Corrientes. Además, tengo un elevado aprecio por las cualidades materiales de nuestros espacios urbanos y creo que la belleza de la ciudad es un bien público que debe ser valorado y redistribuido, como representación de la historia común y base imprescindible de sentido para nuestras instituciones republicanas.

Lo que señalan estas oposiciones es el conflicto inherente en la definición de espacio público. Se trata de algo obvio y evidente, pero que no suele ser tematizado. Al parecer que engloba todo, el espacio público se convierte en lo contrario que debería ser como categoría: en lugar de hacer presente el conflicto, tranquiliza, se convierte en un fetiche.

II

Partiré, entonces, del conflicto implícito en la propia categoría, que permitiría explicar cada una de esas escenas tan diferentes como espacio público. La primera podría explicarse desde la perspectiva de que el espacio público es el de la acción política: se trata de un espacio público agonial, lugar del encuentro con el otro para la construcción de la diferencia. Podría remitirse a una visión como la de Hannah Arendt, inspirada en el ideal antiguo del espacio público como el mundo de la libertad (la política) frente al mundo doméstico de la necesidad (la economía).³ Claro que estas pobres víctimas de la masacre de «República de Cromañón» distan mucho de la imagen de los ciudadanos clásicos, en principio porque es bastante difícil distinguir en ellos el momento de la libertad del de la necesidad; y el santuario improvisado tiene un inconfundible sabor latinoamericano (significativo en una ciudad tan reacia a imaginarse incluida en estos coloridos aspectos del continente).

La segunda escena, en cambio, tiene como referencia el espacio público burgués y ha solido fundamentarse acudiendo a una visión como la de Jürgen Habermas –aunque tomando muchas libertades interpretativas. No se trata ya del espacio de la acción, sino de la representación; no sólo porque su protagonista, el público ilustrado, representa a un público mayor (de acuerdo a la idea de «Humanidad» que fundamenta el moderno gobierno representativo), sino porque el espacio público moderno, en esta acepción, es un universo de conductas representativas: sólo a través de la representación se hace posible el contacto con el otro en la sociedad de individuos que, a través del mercado, han roto los lazos de la comunidad. Mercado y espacio público: para esta acepción, las dos caras inevitables de la moneda que resulta la ciudad moderna.⁴

Las diferencias entre la primera y la segunda acepción son notorias. Para la primera, la conducta representativa es conformista porque evita la acción verdadera a través de la cual los hombres hacen presente lo que son. De aquí se desprende una serie de categorías muy extendidas desde el siglo XIX para criticar el otro espacio público, burgués: en primer lugar, la noción de *máscara*, central en la búsqueda de autenticidad del arte y la arquitectura modernas (basta pensar en la figura de la *ciudad Potemkin*, utilizada por Adolf Loos para criticar la Viena del Ring). Rebelándose contra el mercado (el filisteísmo del público), contra el individualismo y contra las máscaras destinadas a ocultar las miserias de la modernidad, esta acepción se pronuncia contra cualquier estabilización del espacio público: el mismo surgiría, en cambio, de una colisión fugaz e inestable entre forma y política, de un *ahora radical*, dirigido a interrumpir la temporalidad prosaica y mercantil del espacio público burgués. No cabe duda que cuando se producen manifestaciones políticas, cuando el arte moderno busca su ligazón con la «vida» ocupando la calle, estamos en presencia de un espacio público en ebullición, que no se propone articular lo social, sino de poner en

evidencia las múltiples fracturas entre la sociedad, el espacio y el tiempo.

La segunda acepción, por su parte, nos obliga a algunos matices y diferenciaciones internas. La definición del espacio público burgués clásico sin duda remite a Habermas. Pero es frecuente que se la tome de un modo laxo para analizar la ciudad del siglo XIX y XX, y es allí donde aparece el problema adicional al conflicto de interpretaciones: el forzamiento de la teoría habermasiana. Habermas teorizó el momento de emergencia de los espacios de publicidad de la burguesía en el siglo XVIII, y para él su potencialidad política entra en decadencia desde el siglo XIX, con la progresiva identificación de las esferas política y social a partir del crecimiento de lo que luego será llamado el Estado de Bienestar; el doble proceso de socialización del Estado y de estatalización de lo social produce la extinción de esa brecha entre el Estado y la sociedad que precisa para su existencia el espacio público, definida por la mediación y la autonomía que, de acuerdo a esta acepción, no se recuperarán más en la ciudad de la industria, las masas y el consumo.

Así que ya tenemos, en verdad, tres posiciones con sus respectivos modelos urbanos: la primera tiene como modelo el ágora de la *polis* clásica; el conflicto inherente entre la segunda posición (la de Habermas) y la tercera (el espacio público que se estabiliza en el siglo XIX) aparece con claridad confrontando los espacios del salón aristocrático o el café ilustrado del siglo XVIII (donde nace la *crítica* burguesa) y el *boulevard* decimonónico que realiza la conversión de toda la vida urbana en *circulación*, mostrando ya no la dialéctica implícita entre el mercado y el espacio público, sino el carácter exclusiva e irreductiblemente mercantil de la metrópoli moderna.

No quisiera alimentar una imagen simplificadora de las relaciones entre teorías del espacio público (en términos sociológicos, históricos y políticos) y modelos urbanos de referencia: precisamente, en tanto «categoría puente», el espacio público no tiene resuelto su nudo teórico fundamental, la relación que establece entre forma urbana y política. Pero no creo distorsionar mucho esas teorías cuando noto que ciertas imágenes y modelos urbanos operan en ellas y desde ellas, produciendo consecuencias en las diferentes concepciones de lo social y lo político que pueden advertirse en las prácticas espaciales y en las políticas urbanas contemporáneas.

La esquematización de las ciudades y los espacios de esas tres posiciones, además, grafica el carácter conflictivo de las conceptualizaciones más habituales entre los especialistas urbanos que, al hablar de espacio público desde sus propias tradiciones, oscilan entre una visión organicista, como aquella clásica de Lewis Mumford que buscaba recuperar un espacio comunitario inspirado en la plaza medieval –que remite a una sociedad todavía cerrada, donde domina la acción colectiva contra cualquier idea de individuo y de racionalidad proyectual–, y una noción societa- lista, como la que produce el posmodernismo en su recuperación de la ciudad decimonónica.

Estas dos visiones instaladas en el imaginario arquitectónico y urbano tienen consecuencias en los modos en que entendemos la ciudad desde los '80. La concepción comunitarista-modernista no se restringe a las variantes del modernismo clásico ya caduco –tanto la *neighborhood unit* como el bloque de viviendas en el verde suponían el rescate de un nexo directo entre comunidad y naturaleza destruido por las máscaras del espacio público burgués–; sino que explica una posición existencialista como la de Aldo Rossi que recupera la idea de monumento como *locus*, acontecimiento trascendente y originario frente al tiempo mercantil –y no hace falta recordar aquí la inflación simbólica producida en nuestros imaginarios urbanos desde los '80 en el camino de los *lieux des mémoires*. Si esta concepción comunitarista-modernista operó en la recuperación de los centros históricos en Urbino y Bologna de los '70, la concepción societalista-posmodernista se vincula con el proceso de recuperación cultural de la ciudad que lideraron las intervenciones de Berlín y Barcelona en los '80, relanzando la importancia público-ciudadana de la calle tradicional y la vida urbana, que es al mismo tiempo antimodernista y pro-mercantil.

La sensación que produce la rápida enumeración hecha hasta aquí está más cerca del vértigo del calidoscopio que de la claridad de la explicación: se trata de mezclas fragmentarias de conceptos, aplicaciones parciales y mistificaciones; pero más que como un defecto del relato debería verse como un efecto de la suerte corrida en las últimas dos décadas por el espacio público urbano: la superposición de postulados reificados fragmentariamente en imágenes urbanas exitosas, ante la carencia de cualquier debate riguroso respecto de las políticas que las generaron, las sociedades que las alimentaron y las teorías que podrían explicarlas. Sólo a través de una fuerte operación de reducción una teoría puede convertirse en imágenes urbanas –lo que no implica que éstas no sean complejas en sí, o permitan alimentar por su parte teorías también complejas. Este reduccionismo no es producto exclusivo de los límites intelectuales de la arquitectura y el urbanismo, como se ve bien en uno de los libros más célebres de los que relanzaron la ciudad en los años '80: *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. En el libro de Berman, el espacio público ilustrado se confunde con el *boulevard* haussmanniano que llegó para cancelarlo (entre otras cosas, porque la multitud cancela la autonomía del individuo autocentrado y se produce el tipo exacto de relación ciudad/sociedad que rechaza Habermas, tanto como Arendt), y para defender la modernidad contra las lecturas posmodernas se exalta el imaginario de la ciudad decimonónica que estaban proponiendo en esos mismos años la urbanística posmoderna y la nostalgia almiarada del conservacionismo *pompier*. Hoy es fácil advertir que, si se sigue el argumento de Berman, el siglo XIX convirtió el espacio público en una tautología: en el lugar del disfrute del propio espacio público, en paisaje de sí mismo desprendido de todo resto de debate racional –que lo convertía en vehículo y motor de la autoilustración del público– a favor de la mera *flânerie*: esa combinación

de multitud y mercancía que caracterizan el paseo urbano moderno.⁵

En textos menos conocidos en los que estos temas de moda derivan en vulgata, la confusión y la mezcla llegan a niveles de absoluta improductividad. Tomo uno muy reciente, producido en el contexto de seriedad académica que garantizan las universidades norteamericanas y utilizado como introducción para un libro oficial sobre las propuestas para el espacio público del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, porque de paso demuestra el modo en que ha venido funcionando la categoría de espacio público para figurar un puente posible entre reflexión crítica y políticas públicas.⁶ Ya en la misma frase inicial en la que respalda su noción de espacio público en la teoría de Habermas (citado al pasar, como guiño entre entendidos), el autor sostiene que la más drástica de las transformaciones urbanas actuales es «la modificación sustancial del espacio social a causa de la apropiación del espacio público por manos privadas». Esto respalda la contundencia crítica de su título: *El asalto al espacio público*. Pero, ¿acaso Habermas no dice que sólo hay espacio público cuando éste pertenece a la sociedad civil, es decir, a las manos privadas, para defenderlas, justamente, del asalto del Estado? Señalar esta contradicción teórica no supone negar las transformaciones de las que habla el autor del artículo; el problema es saber si incorporarlas a la fuerza en el molde teórico-político-urbano del espacio público ayuda a entenderlas. Para coronar este malentendido, el autor pasa, casi sin solución de continuidad, a denunciar la transformación de los espacios públicos en «no lugares», empleando otra categoría muy exitosa, que rápidamente pasó de la vulgata académica a la periodística, desconociendo que la noción de «lugar» que utiliza Marc Augé es antropológica, mientras que la de espacio público es política. Es decir, que ambas categorías sirven para pensar cuestiones completamente diferentes en las relaciones ciudad/sociedad. Puestas una al lado de la otra, lo primero que habría que decir es que la propia emergencia del espacio público moderno supuso la cancelación histórica de la idea de lugar, en tanto el espacio público necesita para su desarrollo la existencia de una sociedad de individuos desarraigados, que ha roto con la relación identitaria entre el lugar y la comunidad.

III

El propósito no es «aclarar» desde la teoría la confusión reinante en nuestras nociones superpuestas de espacio público, sino intentar entender cómo han funcionado las diversas representaciones de espacio público, cómo operan en la ciudad que se transforma ante nuestros ojos. Lo particular de la coyuntura de los '80, en que la categoría surge y se afirma, es que entonces parecieron coincidir en ella una idea de la ciudad, una idea de la arquitectura, una idea de la política, una idea de la sociedad y una idea de la cultura urbana que surgía de esa articulación. Cada una de esas

perspectivas iluminaba la noción de espacio público y se dejaba iluminar por ella, dándole matices diferenciales pero complementarios, en el típico movimiento centrífugo que se produce en el momento de ascenso de una categoría, cuando todo parece probar su capacidad teórica e instrumental. Ese fue el romance del espacio público.

La coyuntura fue llamativamente internacional (al menos en Occidente), aunque, como siempre sucede, en cada lugar se modularon diversas problemáticas y diversas interpretaciones del espacio público. Podría decirse que fue el resultado de una triple crisis: la crisis del socialismo, la crisis del Estado de Bienestar y la crisis (completamente contingente en relación a las anteriores) de las dictaduras latinoamericanas, que confluyeron en una común disposición a discutir las tendencias totalitarias del Estado poniendo en primer plano la «sociedad civil». De modo que la categoría de espacio público, recordada apenas por la tradición liberal anglosajona y trabajada por figuras como Arendt o Habermas entre los años '50 y '60 desde preocupaciones filosóficas típicas del período, como la de la «muchedumbre solitaria» –por recordar el célebre libro de Riesman–, se convirtió en la clave para una novedosa reconsideración de izquierda del problema democrático, haciendo hincapié en su llamado a la reactivación política de la ciudadanía.

En el debate urbano y arquitectónico se produjo un desfasaje temporal similar: si recordamos que en 1961 se publicaba *Vida y muerte de las grandes ciudades* de Jane Jacobs, que encarnó la propuesta de recuperación de la vida bulliciosa de la calle de barrio frente a la negación de la urbanística modernista; y que el arco que lleva de la obra de Kevin Lynch a la de Aldo Rossi –de la morfología y la semiología urbanas a la arquitectura de la ciudad– se describió completo entre finales de los años '50 y la primera mitad de los '60, podemos advertir que la crisis del modernismo que se hizo evidente en medio de la exitosa modernización de guerra, ya había producido una serie de reflexiones que irían a hacer eclosión, por fuera del debate de los expertos, veinte años después.

Así se explica la coexistencia contemporánea en los '80, como agentes activos en la exaltación de la cultura urbana, de los debates diferentes del espacio público y del modernismo/posmodernismo: fuentes diversas, problemáticas diferentes, articuladas en una serie de tropos de tanta debilidad como hospitalidad teórica: tal el éxito, por ejemplo, de la figura del *flanêur*. No hay que olvidar, por último, la peculiar torsión instrumental que se realizó en ambos debates, ya que las fuentes privilegiadas en los dos distaban de favorecer el enfoque entusiasta que dominó. Tanto Arendt como Habermas son taxativos respecto del irreversible «declive» del espacio público, por usar la figura de otro autor del período, Richard Sennett, que tampoco es optimista –pese a sus reiterados, y siempre agudos, intentos de pensamiento operativo para el rescate de formas de espacio público en la ciudad contemporánea–;⁷ e incluso Marshall Berman, que sí es optimista, encuentra en el siglo XIX una encrucijada dialéctica de

factores de altísima productividad que el siglo XX se había esmerado en desmadejar. Es decir, para todos esos autores de referencia, el espacio público funciona, más que como un modelo aplicable, como una herramienta de crítica del presente a la luz de momentos fatalmente perdidos (una especie de figura «utópica», entonces, en uno de los sentidos posibles con que Baczkó interpretó el libro de Moro).⁸

Análogamente, la celebración de la ciudad que produjo el debate modernismo/posmodernismo creyó encontrar apoyo en posiciones como las de Simmel o Benjamin, desentendiéndose del humor trágico con que ellos interpretaron la metrópoli como clave de la modernidad capitalista (una idea de modernidad en la que debe leerse –como señaló Jedlovsky– la autoconciencia de esos autores sobre la crisis de la cultura occidental).⁹

IV

En el caso de Buenos Aires, las primeras reflexiones sobre el espacio público se realizaron sobre el final de la dictadura. Las interpretaciones de Habermas sostuvieron aquí una visión de las relaciones entre Estado y autoritarismo que produjo una nueva imaginación histórica de fuerte impacto en los modos de pensar la ciudad. Se hizo un redescubrimiento casi tocquevilliano del asociacionismo barrial de los años '20 y '30 (con el florecimiento de sociedades de fomento, bibliotecas populares, y toda una cultura popular barrial que formó las bases para la extensión de la peculiar clase media), identificando en esas instituciones «nidos de la democracia»: espacios públicos de resistencia y transmisión de una «democracia al acecho» en tiempos de autoritarismo.¹⁰ La reflexión sobre el autoritarismo producía una reivindicación optimista de los procesos propios de la sociedad frente al Estado y una revaloración –completamente novedosa en la cultura progresista argentina– de la clase media como sociedad civil por excelencia.

La aceptación política del horizonte de la democracia liberal implicaba, como consecuencia lógica, la adopción de la cadena teórica *Estado-espacio público-sociedad civil-mercado*: fue una reevaluación del liberalismo que colocó la reflexión sobre el autoritarismo en la Argentina en el cauce de un vasto movimiento político-intelectual mundial que buscaba hacerse cargo de la crisis del socialismo. Por supuesto, todo ese proceso de descubrimiento del espacio público no puede desprenderse de la experiencia de ocupación del espacio público urbano en el final de la dictadura y el comienzo de la democracia, en una combinación –más arendtiana que habermasiana– entre las artes (teatro en la calle, recitales masivos, arte urbano) y la política (las protestas de los organismos de derechos humanos), en la que la celebración urbana democrática parecía responder en los hechos a la obsesión de la dictadura por la limpieza y el orden en la ciudad.

Este camino de valorización del espacio público, como categoría política y como protagonista de la transición democrática, tuvo

como correlato la recuperación de un espacio urbano clave: el barrio popular. Esa fue nuestra particular modulación del romance del espacio público que se estaba entonando en todas partes. La modulación fue muy idiosincrática —el barrio popular aquí también lo es. Pero quiero recordar, simplemente para notar los modos en que estos temas se van encarnando en diferentes sitios de forma dislocada —planteando problemas aparentemente similares pero desde situaciones completamente diferentes—, que al mismo tiempo el barrio asumía un protagonismo decisivo en el proceso de renovación de Berlín Occidental, emblema de un nuevo «urbanismo de lo pequeño» en la década de los '80. Y que a mediados de esa década, el efecto del terremoto en México también se tradujo en una nueva oleada de reivindicación de la participación popular en los barrios, que aparecieron como un espacio liberado de solidaridad y autogobierno, en lo que fue el inicio de un nuevo ciclo de reflexión sobre la ciudad con eje en el espacio público.

En Buenos Aires, aquella lectura de los barrios preparó el terreno para una activa política municipal tendiente a la consolidación de redes de participación: una voluntad descentralizadora, participativa y antiburocrática (en cuyo cauce se formaron los consejos vecinales, los centros culturales barriales, y una infinidad de microiniciativas, desde los talleres de historia oral hasta los recitales masivos de música) que quedó inscripta en el imaginario progresista de la ciudad, y que conecta tanto con el consenso sobre la necesidad de división de la ciudad en comunas en la Convención Constituyente de Buenos Aires en 1996, como con el asambleísmo de la crisis del 2001. Pero que también conecta con el redescubrimiento de la identidad barrial en clave cultural e inmobiliaria: desde el nuevo circuito tanguero hasta el *boom* inmobiliario y comercial de Palermo Viejo, renombrado por las empresas inmobiliarias «Palermo Soho», recurso figurativo que ha permitido anexar un sector de Colegiales bajo el nombre de «Palermo Hollywood» y que ahora, aprovechando el suceso, intenta extenderse como «Palermo Queens» hacia una porción de Villa Crespo.

V

Quizás sea el de Palermo Viejo uno de los mejores ejemplos de los cambios acaecidos entre las esperanzas urbanas de los años '80, las realidades de la modernización conservadora de la década de los '90 y la Buenos Aires de nuestros días. Un ejemplo sin duda más actual y expresivo que los más frecuentados de Puerto Madero, los *malls* o los barrios cerrados. Porque si se lo ha querido ver como una transformación «endógena» alternativa, en verdad debe entenderse que ese trozo de «ciudad tradicional» también es funcional a la transformación más amplia, la de la fragmentación urbana, a la que parece contestar levantando un ejemplo de alta calidad urbana, ofertas culturales y comerciales que reponen la rica mezcla de trabajo y ocio de la ciudad tradicional.

Es cierto que, como se señaló al principio del texto, Palermo Viejo también puede pensarse como la elección consciente de un

sector de clase media que opta por formas de vida de alta urbanidad frente a las opciones más típicas de los '90 de los barrios cerrados o el consumo protegido del *shopping*, y así está funcionando en las representaciones actuales. Pero también está demostrando dos cosas. La primera se percibe con sólo recorrer el barrio, entrando y saliendo de un boliche de diseño, una librería y un restaurant de los que se amontonan cuadra por cuadra: no puede haber espacio público en un sector urbano *producido* como una escena del *Townscape* de Gordon Cullen, tan bonita como artificiosa. La segunda tiene que ver con una comprobación más general sobre el funcionamiento de ese barrio en medio de una metrópoli fracturada: lo que se percibe es el fracaso del discurso típico de los años '80 sobre la reactivación del espacio público a través de un diseño de la «ciudad por partes», que en Buenos Aires acompañó el optimismo social y político sobre el espacio público y su lugar de encarnación, el barrio popular.

Como se sabe, la idea de la «ciudad por partes» rechazaba el dominio de la planificación cuantitativa y metodologista, para recuperar la pequeña escala de intervención cualitativa, revalorizar la trama tradicional de la ciudad con sus tipologías y monumentos relacionados con su identidad, proponer nuevos mecanismos más flexibles de participación y decisión, y darle un papel destacado a las iniciativas privadas frente al estatalismo de la planificación tradicional. Eran ideas que proponían recuperar las cualidades clásicas de la ciudad decimonónica, inspiradas en las transformaciones de Berlín y especialmente, de Barcelona, con cuyos responsables se inició en la democracia una fuerte relación de intercambio técnico e ideológico. En verdad, desde Barcelona se produjo a lo largo de los '90 un verdadero modelo «de exportación» de fuerte impacto en toda Latinoamérica: así funciona todavía el «planeamiento estratégico». Se trata de un modelo que propone asumir los límites de la gestión pública y aceptar la dimensión mercantil del territorio metropolitano, incorporando francamente los capitales privados a la reforma urbana, concebida ésta de modo fragmentario, como piezas urbano-arquitectónicas que subrayan la capacidad de la *forma* arquitectónica tanto en el plano de las necesidades identitarias de la ciudadanía como en el valor de *commodities* de los edificios y sitios urbanos. Todo ello condimentado por un nuevo rol de la arquitectura «de marca» como dinamizadora de los cambios urbanos, cuyo ejemplo paradigmático fue el museo Guggenheim de Bilbao. Por cierto, alguna vez habría que estudiar las relaciones existentes entre esta recuperación de una urbanística decimonónica y la reaparición de una figura típica de la modernización urbana de finales del siglo XIX: el experto internacional contratado por los municipios latinoamericanos para desarrollar planes urbanos con las ideas exitosas en su ciudad de origen.

No voy a detenerme en la descripción del proceso que se identifica con la simplificadora noción de globalización —creo que las dinámicas económicas y territoriales que aceleraron los procesos de fragmentación social y espacial en Buenos Aires se comprenden mejor a la luz de lógicas locales. Simplemente con-

viene recordar que, en el proceso de apertura económica y desmantelamiento del Estado, los fragmentos urbano-arquitectónicos que se pensaban como dinamizadores de la cultura urbana y la sociedad, motores del espacio público y avanzadas de un modelo flexible de ciudad vinculado con las demandas e iniciativas de la sociedad civil, demostraron no funcionar de acuerdo a sus modelos originarios, sino como enclaves recortados contra un fondo de decadencia, espejos de los procesos de concentración a los que resultaban completamente funcionales como recurso para la puesta en el mercado de aquellos sectores de la ciudad y el territorio que suponían ventajas diferenciales para el desarrollo de grandes negocios privados. La ideología de la «ciudad por partes» resultó funcional al resultado de la «ciudad archipiélago», y los discursos del planeamiento estratégico fueron las coartadas para un neoliberalismo salvaje.

Si pensamos en la situación actual de Buenos Aires vemos que, a pesar del cambio de discursos, los procesos de la ciudad han retomado el mismo camino ante la ausencia de un proyecto político urbano alternativo. En efecto, la política urbana neoliberal de los años '90 ya no es continuada explícitamente, pero tampoco ha sido reemplazada con un modelo diverso de ciudad. La lucidez del neoliberalismo en diagnosticar la crisis de la ciudad expansiva y proponer la «ciudad de los negocios» como modelo de reemplazo, no fue contrastada con un diagnóstico igualmente lúcido, pero ideológicamente diferente, sobre la ciudad que aquellas políticas dejaron. Así, debajo de las auto-representaciones mitologizantes sobre el *boom* poscrisis de Buenos Aires (esta suma de turismo y auge cultural e inmobiliario), ya es claro que la mejoría económica ha reactivado la lógica de la ciudad de los '90 amortiguada por la crisis. La voluntad típica de esos años fue superponer, sobre la exhausta estructura urbana, un sistema completamente nuevo de enclaves y autopistas, que aceptaba como irremediable las diferencias urbanas y sociales que surgían de la decadencia del modelo tradicional –y por lo tanto, las potenciaba. Esa voluntad se desaceleró con la crisis, pero el actual despegue inmobiliario –uno de los sectores más dinámicos de la economía– se está concentrando nuevamente en el tipo de emprendimientos de enclave característico de aquellos años, barrios privados, torres-country, megaemprendimientos que habían quedado en suspenso (Retiro, la ampliación de Puerto Madero), mostrando que la crisis actuó como una cristalización de las fracturas sociales y urbanas sobre las que aquel modelo de ciudad prospera, sin ninguna medida pública que se ponga a la altura del desafío, intentando reorientar esa dinámica.

VI

Es evidente que detrás de la categoría de espacio público se estuvieron diciendo cosas completamente diferentes todo este tiempo: recurrían a ella quienes buscaban devolverle a la sociedad esferas de actividad durante décadas manejadas por el Estado –y así se jus-

tificó en los años '90 todo el proceso de privatización de los servicios públicos–, y los que buscaban preservar los espacios comunes manejados por el Estado de su conversión en negocio privado. ¿Sigue teniendo sentido, entonces, llamar «espacio público» a cualquiera de esas opciones, litigando por la definición legítima?

En el pensamiento urbano más avanzado hace tiempo comenzó a cuestionarse la propia noción de ciudad a la que aludía la categoría de espacio público. Como señaló Corboz al acuñar la noción de «hiperciudad», las partes «tradicionales» de la ciudad apenas ocupan en la propia Europa, donde esa idea nació, un dos o tres por ciento de la superficie total de lo que ahora es una metrópoli continental, extendida por todo el territorio.¹¹ Se trata de un hallazgo similar al que llevó a Koolhaas a escribir la frase que abre este texto.¹² Pero Koolhaas da un paso más: reflexiona sobre el impacto de esas transformaciones en los propios instrumentos de proyectación del espacio urbano: si «el concepto de ciudad se distorsiona y se dilata más allá de todo precedente, cada insistencia en su condición primordial, en términos de imágenes, reglas y fabricación, inevitablemente conduce, por vía de la nostalgia, a la falta de pertinencia». Koolhaas, con una agudeza de diagnóstico crítico que le ha sido muy eficaz como vehículo de un cinismo de mercado en su propia producción arquitectónica, no está repitiendo la típica acusación de «escenográficas» que se esgrime contra las propuestas de transformación arquitectónica del espacio urbano; está señalando que las «virtudes de la ciudad clásica», en particular el espacio público, redescubiertas después de su extinción, están funcionando como fetiche para los arquitectos y para la sociedad.

La voz de alarma de Koolhaas señaló el momento en que los arquitectos de avanzada abandonaron la idea de espacio público –que quedó desde entonces en manos de los funcionarios públicos, los empresarios y los analistas culturales– y siguieron el discurso del caos para entender la ciudad. Podría decirse que en la alta cultura arquitectónica se desvaneció la figura del *flâneur* para dar lugar a la más reciente reivindicación del paseante errático que cumple con la deriva situacionista.

Precisemos, entonces, esta idea del espacio público como fetiche: si recordamos la famosa definición de la alienación religiosa de Feuerbach en la que se inspiró Marx para su figura del «fetiche de la mercancía», podríamos decir que el espacio público se ha convertido en el lugar idealizado donde depositamos todas las virtudes de la ciudad para no tener que afrontar el difícil compromiso de ponerlas en práctica en la realidad de nuestras ciudades. Cuando Ulrich Beck habla de este tipo de categorías que operan en los discursos sobre lo social aunque nombran fenómenos ya irreconocibles en ellas, habla de «categorías-zombies».¹³ Esto parece ser hoy el espacio público: no se trata de escenografías, sino de espectros.

Como señala David Harvey, los «lugares nodales de cualidad» son funcionales a los requerimientos de competitividad de los territorios.¹⁴ Como podría observarse para Palermo Viejo, estos espacios de recreación de la vida urbana clásica son el *plus* que

la ciudad debe ofrecer para su funcionamiento más eficaz dentro de las nuevas condiciones. Los fragmentos del archipiélago que funcionan como «espacio público», lejos de servir como antídoto que puede inocular la poción revivificadora al resto del sistema para un progresivo recambio general (la idea economicista del «derrame» con que funcionó la ideología del planeamiento estratégico), son algo así como el valor diferencial que las ciudades colocan en el mercado territorial para atraer los capitales que garantizan la continua transformación en hiperciudad.

Bajo el influjo del «planeamiento estratégico», el espacio público ha funcionado doblemente como fetiche. El carácter articulador de esta «categoría puente» ha permitido confiar que con ella se lograba una conexión implícita –natural– entre expertos urbanos, agentes económicos y políticos, cuando en verdad, si han funcionado articuladamente no ha sido para favorecer el espacio público. Las políticas urbanas usaron la categoría tanto en el sentido muy tradicional y operativo de espacio abierto (calles, plazas) sin más contenido teórico de que es en el espacio abierto donde la sociedad se reúne y reconoce; como adscribiendo automáticamente para ese espacio abierto todas las cualidades sociales y políticas que las teorías del espacio público ponen en circulación. Por obra y gracia del «romance del espacio público», diseñar una placita ya no era diseñar una placita, sino estar construyendo los pilares de la sociabilidad democrática. Se justificaron como progresistas ideas urbanísticas que simplemente retomaron con bastante pobreza de medios los modelos urbanos del siglo XIX, retomando también el principio del funcionamiento de mercado de la ciudad, como si la constatación teórica de que para que haya espacio público tiene que haber mercado, garantizara la constatación práctica inversa, de que allí donde funcione la ciudad como mercado, habrá espacio público. Así, con el discurso del espacio público, se sostuvo un tipo de ciudad que tiene muy poco que ver con los valores que, aún en su manera utópica, la categoría de espacio público busca sostener.

Como se ve, usos diversos para una categoría que sólo muy superficialmente permite las articulaciones de una «categoría puente». Quizás, más que seguir apelando a su capacidad de composición de esferas diferentes, hoy convenga volver a despiezar las partes individuales que entran en juego, para ver si podemos comprender qué ha estado pasando, mientras nosotros hablábamos del espacio público, con la ciudad por una parte, y la política, la sociedad y el Estado, por la otra.

Notas

1. Por citar sólo dos ejemplos: en 2003 el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires publicó un libro, con textos analíticos y proyectos urbanos, que se tituló *Las dimensiones del espacio público*, y en el momento en que escribía la primera versión de este artículo, en mayo de 2005, se estaba realizando en Bogotá el «Foro internacional de espacio público y ciudad», organizado por la Alcaldía y la Cámara de Comercio de Bogotá.
2. He introducido la idea de «categoría puente» a propósito de la figura rossiana de «ciudad análoga», en «Correspondencias. *La ciudad análoga* como puente entre ciudad y cultura», en *Block* n° 3, Buenos Aires, UDTT, diciembre de 1998.

3. Cfr. Hannah Arendt, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993, Chicago, 1958.
4. Cfr. Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, G. Gili, 1981, Darmstadt, 1962.
5. Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI, 1988, Nueva York, 1982.
6. Gustavo Remedi, «La ciudad latinoamericana S.A. (o el asalto al espacio público)», en Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, *Las dimensiones del espacio público*, Buenos Aires, 2003.
7. Richard Sennett, *El declive del hombre público*, Barcelona, Península, 1978, y especialmente, *The Conscience of the Eye. The Design and Social Life of Cities*, Nueva York, Alfred Knopf, 1990.
8. Bronislaw Baczkó, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
9. Paolo Jedlowski, «Introduzione» a Georg Simmel, *La metropoli e la vita dello spirito* (1903), Roma, Armando Editore, 1995.
10. Los términos entrecuadrados fueron utilizados en un trabajo pionero del grupo de historiadores nucleado en el PEHESA (González, R.; Gutiérrez, L.; Sabato, H.; Korol, J. C.; Romero, L. A. y Trumper, M.), «¿Dónde anida la democracia?», *Punto de Vista* n° 15, Buenos Aires, 1982. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, integrantes de ese grupo, continuaron con los estudios de las sociedades vecinales y el espacio público barrial en una serie de trabajos que reunieron más tarde en *Sectores populares. Cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
11. André Corboz, «L'ipercittà» (1994), en *Ordine Sparso. Saggi sull'arte, il metodo, la città e il territorio*, Milán, Franco Angeli, 1998.
12. Rem Koolhaas, «Más que nunca la ciudad es todo lo que tenemos», *Arquis*, Buenos Aires, 1995.
13. Ulrich Beck y J. Willms, *Conversations with Ulrich Beck*, Cambridge, Polity Press, 2004.
14. David Harvey, *Espacios de esperanza*, Madrid, Akal, 2003.

La Universidad Torcuato Di Tella es una institución sin fines de lucro fundada en Buenos Aires en 1991, por el Instituto y la Fundación Torcuato Di Tella. Con la misión de formar a las nuevas generaciones de dirigentes empresariales, académicos, sociales y políticos, se ha constituido en un ámbito de enseñanza e investigación básica y aplicada, partiendo del pluralismo de ideas, la excelencia académica y la igualdad de oportunidades. En la actualidad dicta 6 carreras de grado (a partir de 2007, lanza la nueva carrera de Arquitectura) y 22 programas de posgrado, conformando una comunidad académica vibrante al servicio de la sociedad, a través del fomento de los valores humanos, la provocación intelectual, la internacionalidad y la rigurosidad académica.

Arquitectura en Di Tella

Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea

El Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea (CEAC) es una unidad académica de la Universidad Torcuato Di Tella concebida para estimular, renovar y transmitir el conocimiento de las teorías y las prácticas de la arquitectura y los estudios urbanos. Es un organismo flexible, dinámico y abierto que procura captar los acelerados cambios de la época, a la vez que reflexionar sobre los valores que permiten decidir acerca de su conveniencia, y promover acciones académicas que contribuyan a mejorar los espacios públicos y privados en el país. Desde 1996, el CEAC realiza actividades de forma permanente en las que han participado 160 profesores invitados provenientes de Asia, Estados Unidos, Europa, Latinoamérica y Oceanía.

Carrera de Arquitectura

Título: Arquitecto.

Duración: 5 años.

Dedicación: Tiempo completo.

Opciones: Campos menores.

Perfil del graduado: estará preparado para desplegar sus mejores aptitudes individuales en cualquiera de las formas del ejercicio profesional: independiente, en empresas vinculadas a la edificación, en los diferentes organismos del Estado o en el sistema de investigación. El elevado nivel académico de la Universidad, el constante intercambio con el conjunto de sus alumnos y de sus profesores *full time* y sus programas de posgrado le permitirán completar su formación y encauzar su carrera en variadas especializaciones, garantizándole los medios para un proceso de permanente actualización.

Posgrados

Programa de Historia y Cultura de la Arquitectura y la Ciudad*.

Duración: 2 años.

Programa de Arquitectura y Tecnologías.

Duración: 1 año.

Programa de Arquitectura del Paisaje.

Duración: 1 año.

Programa de Preservación y Conservación del Patrimonio.

Duración: 1 semestre.

Maestría en Economía Urbana.

Duración: 2 años.

* Maestría en trámite. Expediente n° 8110/04 del Ministerio de Educación.

Departamento de Admisiones

Tel.: (54 11) 4784 0088/0553

Desde el Interior: 0800 777 8838 (UTDT)

E-mail: admisiones@utdt.edu

www.utdt.edu

Universidad Torcuato Di Tella.

Autorización Provisoria por Resolución Ministerial n° 841/91 del Ministerio de Educación.

Las imágenes de los distintos proyectos
y obras de este número fueron suministrados
por los respectivos arquitectos y estudios.

Cantidad de ejemplares: 500
Tipografía: Garamond Stempel y Futura
Interior: papel obra de 120 g
Tapas: cartulina ecológica de 220 g

Preimpresión: NF producciones gráficas
Impresión: Instituto Salesiano de Artes Gráficas

Registro de la propiedad intelectual n° 910.348
Hecho el depósito que marca la ley n° 11.723